

DIA VEINTE.

San Silverio, papa y martir.

San Silverio fué natural de Campánia, y sucedió al papa San Agapito en el gobierno de la Iglesia. Su pontificado se ha hecho célebre por la persecucion que se suscitó contra él por parte de la emperatriz Teodora, muger de Justiniano, y de Vigilio que lo arrojó con el favor de ésta de su silla; pero la heroicidad con que supo sufrir tales padecimientos, sin faltar á las obligaciones de su puesto, le hacen tambien ocupar un lugar distinguido en la historia eclesiástica entre los pastores mas firmes y celosos.

El papa San Agapito habia depuesto de la silla de Constantino al obispo Antimo, el que en union de otros fué condenado como herege en el concilio de Calcedonia. Muerto aquel gran papa, se propuso la emperatriz hacer nombrar por su sucesor á Vigilio, quien le habia prometido restablecer á Antimo en la mitra, y anular aquel concilio. Partió á este fin á Italia; pero encontró ya colocado en el trono pontificio á Silverio; y aunque con esto quedó desconcertado su plan, no desesperó de lograr su objeto, y para conseguirlo se dirigió á Belisario, general de las tropas del imperio, á quien Teodora habia escrito una carta en su favor, que en la actualidad se hallaba en Nápoles. Presentóse á Belisario, y habiéndole ofrecido éste secundar sus ideas luego que estuviere en Roma, Vigilio pasó á dar cuenta á la emperatriz de lo que pasaba, y á inducirle á que arrojase de su silla á Silverio.

Aquella princesa, no atreviéndose en lo pronto á dar este paso, dirigió una carta á Silverio, proponiéndole el restablecimiento de Antimo y de los demas obispos depuestos, y la abrogacion del concilio de Calcedonia; pero como el papa se hubiese resistido, sin temer ningun peligro, á esta solicitud, Vigilio, que se hallaba en Roma con órdenes de la emperatriz para arrojar á Silverio bajo cualquier pretexto, de tal suerte comprometió á Belisario, que éste, que ya se habia declarado desde antes su favorecedor, se prestó á cuanto se pretendia de él; y á falta de un motivo plausible para coonestar aquella medida, determinaron ambos valerse de la calumnia, arma terrible con que siempre se ha atropellado la inocencia.

Como entonces se hallaba sitiada la ciudad de Roma, se discus-

*S. Silverio Papa.**S. Lucio Obispo.**S. Paulino Obispo.**S. Zenon Martir.*

rió hacer pasar á nuestro Santo por traidor, y se fingieron unas cartas, por las que convidaba Silverio al ejército enemigo á tomar la plaza por un lugar que en ellas mismas se indicaba. Prevalido de este documento Belisario, llamó á su palacio al Santo papa, hizo que allí lo despojasen de sus vestidos y lo vistiesen con un hábito de monge, desterrándolo en seguida á Pátaro, en la Asia menor, haciendo inmediatamente que se nombrase á Vigilio en su lugar. El espanto se apoderó de todo el pueblo al ver aquella accion sacrilega; mas ninguno se atrevió á contradecirla, mirando ultrajado de tal suerte al gefe de la iglesia, y temeroso de no ser tratado con mayor rigor.

Silverio llegó entre tanto á Pátaro, é instruido el emperador de lo que habia pasado, ordenó que se restituyese á Italia, y averiguándose la verdad de aquella acusacion si resultaba culpado, no permaneciese en Roma, pero que fuese á vivir á la parte que eligiese; y en caso contrario fuese repuesto en su silla. Esta sentencia sobresaltó á Vigilio; pero intrigando éste con Belisario se hizo ilusoria, y nuestro Santo fué relegado á una isla desierta, llamada Parmarola, en el mar de Toscana.

En aquel destierro se hicieron sufrir al santo papa, mil ultrajes y humillaciones de parte del intruso Vigilio; pero allí fué visitado por varios obispos, y recibió cartas de otros muchos reconociéndolo como cabeza de la Iglesia y consolándolo en sus tribulaciones; y allí tambien fué donde habiéndose reunido cuatro obispos, formó con ellos un concilio en que condenó á Vigilio como usurpador de la silla apostólica, simoniaco, herege y escomulgado.

Ultimamente, consumido de trabajos, ó asesinado como creen otros, murió en esa isla en 20 de Junio de 538, habiendo gobernado á la Iglesia un año, cinco meses y once dias, contados desde el dia en que se consagró hasta el de su violenta deposicion, que parece haber sido el 16 de Noviembre de 537. Su culto es muy antiguo, y se le han tributado los honores de mártir, por la firmeza con que sostuvo la dignidad pontificia contra el empeño y las solitudes de los hereges.

La Epistola es sacada de la del Apóstol San Judas.

Carísimos: Acordaos que las palabras que os dijeron antes los Apóstoles de nuestro Señor Jesucristo: los cuales os decian que en

los últimos tiempos han de venir unos impostores, que seguirán sus pasiones llenas de iniquidad. Estos son los que se separarán á sí mismos de la Iglesia como animales que no tienen espíritu. Vosotros al contrario, carísimos, elevándoos á vosotros mismos como un edificio sobre el fundamento de vuestra fé, orando en el Espíritu Santo, manteneos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para la vida eterna.

El Evangelio es del capítulo XIV de San Lucas. (Pág. 162).

En aquel tiempo dijo Jesús á las turbas: Si alguno de los que me siguen no aborrece á su padre y madre, á su muger y á sus hijos, y sus hermanos y hermanas, &c.

MEDITACION.

Sobre la distincion de las Personas divinas, y la identidad de las perfecciones.

Considera que muy sábiamente, y en muy cortas dicciones y abreviados conceptos esplicó la Iglesia el misterio de la Santísima Trinidad, diciendo en el Prefacio de su Misa al Padre celestial, que con su Hijo Unigénito y el Espíritu Santo es un Dios, es un Señor, no en la singularidad de una Persona, sino en la trinidad de una sustancia; pues lo que de su gloria creemos, como nos lo ha revelado, eso mismo sentimos de su Hijo, eso mismo del Espíritu Santo, sin diferencia alguna. Para que en la confesion de la verdadera y sempiterna Deidad, se adore en las Personas la propiedad, en la esencia la unidad, y en la Magestad la igualdad. Así es que vemos que cada Persona divina tiene una cosa que le es propia, y en que se distingue realmente de las otras dos: en el Padre la paternidad, pues engendrando al Hijo, es Padre: en el Hijo la filiacion, pues siendo engendrado del Padre, es Hijo; y en el Espíritu Santo la espiracion, pues procediendo del Padre y del Hijo por la voluntad, es espirado. Vemos asimismo en la esencia la unidad; pues aunque para entendernos la llamemos union, y máxima union, en que tres Personas son una esencia; mas no se entiendo por esta palabra una union de cosas separadas ó capaces de separarse, sino una verdadera unidad indivisa é indivisible. Finalmente, en la Magestad vemos la igualdad, siendo absolutamente

iguales entre sí las divinas Personas, y poseyendo igualmente todas las perfecciones y atributos de la Divinidad, menos lo que hace que el Padre sea Padre; el Hijo, Hijo; y el Espíritu Santo, Espíritu Santo: esto es, la propiedad de cada Persona; en lo cual tampoco hay desigualdad; pues en el Padre es perfeccion infinita el engendrar al Hijo; en el Hijo es perfeccion infinita el ser engendrado del Padre; y es igualmente perfeccion infinita del Espíritu Santo, el ser espirado del Padre y del Hijo.

Considera que si entre las Personas divinas de la Santísima Trinidad hay real distincion, no la hay entre las perfecciones divinas y la divina esencia, ni entre unas y otras perfecciones. Nosotros las distinguimos en nuestra mente, porque de otro modo no podemos formar idea de cada una, y porque en nosotros las perfecciones ó virtudes no son de nuestra esencia, esto es, no nos son esenciales ó naturales, pues somos hombres sin ser justos, ni sábios, ni santos; pero en Dios no es así, pues no puede ser Dios sin ser sábio, santo, justo, misericordioso, &c; porque las perfecciones infinitas que tiene y posee, le son esenciales, son de su esencia, de la cual no se distinguen realmente. Así es que decimos con absoluta verdad que Dios es sabiduría, que Dios es caridad, que Dios es santidad &c, y asimismo decimos con toda verdad que su sabiduría es su justicia, y su justicia es su bondad, y su bondad su misericordia, y así de las demas divinas perfecciones. ¡Oh Ser incomprendible, de infinita bondad, en quien la bondad es esencia y la esencia bondad! ¡Oh almas felices! destinadas á ver á un Dios que es luz, y abrazar y poseer á un Dios que es caridad.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Para poder ver en el cielo á un Dios que es luz, es menester andar en la tierra á la luz de la fé; y para poseer en la patria á un Dios que es caridad, es necesario vivir en caridad en este valle de lágrimas: aquí se busca con la luz de la fé el asiento que hemos de ocupar en la corte celestial; y aquí se labra al fuego del amor la corona que hemos de ceñirnos ante la Magestad de todo un Dios. Sean, pues, la fé divina y la divina caridad nuestros grandes propósitos, y pidiéndonoslas al Señor humildemente, ya podremos tener la dulce esperanza de ver y amar eternamente á un Dios en tres Personas.

JACULATORIA.

Gloria á tí, Trinidad igual, una Deidad, ante todos los siglos, ahora y por siempre.

LECCION.

Sobre los malos pensamientos.

En la leccion de antes de ayer hablamos del vicio de la lujuria en general, y de su preferencia sobre la mayor parte de los otros: ahora contrayéndonos con mas precision á él, véamos lo que de su magnitud y deformidad nos dicen acerca de él los moralistas, fundados en la Sagrada Escritura, y observaremos la perfecta armonia que se encuentra en esta materia, ya se la considere en lo general, es decir, comparando vicio con vicio, ya en lo particular comparangando la malicia de este pecado con la de otros. Dicen, pues, los moralistas, que el pecado de lascivia es contra Dios, porque violamos nuestro cuerpo que es templo de Dios, segun aquello de San Pablo: *¿No sabeis que sois templo de Dios, y que el Espíritu Santo mora en vosotros? Si alguno violare el templo de Dios, Dios le destruirá. Porque el templo de Dios que sois, vosotros, santo es. Peca contra Jesucristo conforme lo que nos asegura el mismo Apóstol: ¿No sabeis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Quitaré yo los miembros de Cristo y los haré miembros de ramera? No por cierto. Es pecado contra nosotros mismos; así nos lo enseña el propio Santo: Huid la lascivia; todo pecado que comete el hombre, es fuera del cuerpo; mas el que comete impureza, peca contra su mismo cuerpo.* Es contra el prójimo en cuanto impide la propagacion de la prole ó su buena educacion, y porque no puede consumarse las mas veces sin la ruina espiritual de nuestro prójimo; así lo asienta espresamente Santo Tomas. Es contra el estado de cristianos, respecto de que está prohibido por la ley que se hallan obligados á obedecer. Es, en fin bajo de algun aspecto mas grave que la idolatria, no en cuanto al objeto como se explican los teólogos, sino en cuanto á la mayor libertad con que se comete, por lo que dice Tertuliano: "Ninguna violencia se padece para incurrir en la lascivia, si no es la que hace ella propia; mas para negar á Dios, ¡de cuántos géneros

de penas se valen ingeniosamente los verdugos! En efecto, ¡quién es mas malvado, el que compelido por los tormentos niega y se duele de haberlo hecho aun contra su voluntad, ó el que ofende á Dios voluntariamente y se complace en su pecado? Aquel mata un buey en honor de un ídolo; pero éste sacrifica al diablo una hostia santa y dedicada á Dios.

Conocida la gravedad de este pecado, entremos ya á tratar de los modos generales en que se comete. Decimos generales, porque no juzgamos conveniente desnudar todas las especies de esta culpa, por la misma razon que nos prohibió hacerlo respecto de la cooperacion al pecado, cuando discurremos acerca del escándalo; y así nos limitaremos á esponer las reglas generales de moral á que deben conformarse nuestros pensamientos, palabras y acciones, para no delinquir contra el sexto y nono precepto del Decálogo: comenzemos por los malos pensamientos.

Estos por sí mismos no son pecado; pues para serlo se necesita precisamente el consentimiento, ó por lo menos la delectacion. Así que, debemos siempre distinguir estas tres cosas, tentacion, delectacion y consentimiento. La primera aunque sea continua no nos hace delinquentes, antes mereceremos mucho si la resistimos con fortaleza y constancia. Esta es doctrina de San Francisco de Sales: "Aunque la tentacion, dice, de cualquier pecado que sea, dure toda nuestra vida, no podrá hacernos desagradables á la divina Magestad, con tal que no nos agrade y que no la consintamos." La razon es, porque en la tentacion no hacemos nosotros, si no sufrimos; y pues en ella no tomamos placer, no podemos tampoco tener alguna suerte de culpa. San Pablo sufrió mucho tiempo las tentaciones de la carne; y tan lejos estuvo de desagradar á Dios con ellas, que antes Dios fué por ellas glorificado: San Francisco y San Benito tuvieron tambien tan grandes tentaciones, que no pudieron menos que el uno arrojarse en medio de las espinas, y el otro dentro de la nieve, para de este modo mitigarlas, y no por eso perdieron en nada la gracia de Dios, antes la aumentaron mucho.

Aun podemos aclarar algo mas esta materia con un ejemplo. Si una ó muchas personas estuvieran incesantemente incitando á otra para que hiciese algun mal directo á un individuo, ó practicase algo de que le resultara algun daño y ella no lo hiciera, ¿no quedaria muy bien servido y obligado aquel á quien querian que se da-

fiase, mientras mayor hubiera sido el empeño que los seductores habian tomado para estimular á la persona que inducian á ofenderlo? Pues lo propio sucede en nuestro caso; la tentacion pretende que hagamos alguna cosa de que resulta una ofensa de Dios; luego mientras mas obstinada sea aquella, tanto mas merecemos para con su divina Magestad, si resistimos siempre la tentacion. Debemos, pues, considerar al hombre como si tuviese dos voluntades; una superior que lo inclina hácia Dios, otra inferior que lo arrastra hácia el pecado: estas son las leyes del espíritu y de la carne de que habla San Pablo. De suerte que el hombre se halla atraído por dos fuerzas diametralmente opuestas. Todo su empeño debe consistir en que la parte inferior no venza á la superior; y en tanto que esto no suceda, no hay pecado, sino merecimiento, que será mas grande á proporcion de lo que la parte superior trabaja para evitar que la inferior prevalezca.

De todo debemos deducir lo que asentamos al principio, á saber: que el que tiene malos pensamientos no peca en tenerlos, sino es que se siga el consentimiento ó la delectacion consentida. Pero esto se ha de entender siempre que nosotros no busquemos deliberadamente esos malos pensamientos ó tentaciones; pues en tal caso pecaremos mas ó menos gravemente, segun la culpabilidad mayor ó menor que tengamos en procurar aquellas. El citado San Francisco de Sales, dice: "Yo sé que jugando, con facilidad me enojo, juro y blasfemo, y que para esto me sirve el juego de tentacion: peço todas las veces que jugaré, y tengo la culpa de cuantas tentaciones me vinieren en el juego. De la misma suerte si yo sé que alguna conversacion me trae tentacion y tropiezo, y me voy á ella voluntariamente, será indubitablemente reo de todas las tentaciones que en ella recibiere." Lo que se dice de las conversaciones es aplicable á cualquiera otra cosa que pueda ser incentivo de tentaciones, y de consiguiente si yo sé que leyendo tales novelas ó poesias, que viendo tales comedias, que asistiendo á tales bailes ó tertulias se han de suscitar en mi alma tentaciones vehementes, que cuando menos me han de poner en peligro inminente de consentir, pecaré si hago cualquiera de las cosas referidas, ú otras que puedan producir igual efecto.

En consecuencia, todas las cosas que se reputan por indiferentes, pueden serlo para unas personas y no para otras, pues esto depende

de varias causas, y por lo mismo cada uno ha de juzgarse con imparcialidad en este punto, segun la influencia que tienen sobre él esas cosas, no conforme á la que tengan sobre otras personas. Por ejemplo, uno sabe por experiencia que la comedia le es ocasion de pecado; no deberá ir á ella aunque se haga este argumento: fulano y fulana van á la comedia y no pecan; luego la comedia por sí no es pecaminosa, y yo puedo ir á ella aunque sepa que probablemente he de pecar ó he de ponerme en peligro grave de cometer pecado. Tampoco es buen argumento el de que porque á fulano y fulana es ocasion de pecado tal cosa, yo no deba hacerla, aun cuando para mí no lo sea. Mas esto se entiende respecto de las cosas indiferentes, pues las que son positivamente malas, de ningun modo deberemos practicarlas.

DIA VEINTE Y UNO.

San Luis Gonzaga, de la Compañía de Jesus.

El angélico jóven San Luis Gonzaga, asombro de inocencia, ejemplar de penitentes, modelo de la juventud estúdiosa, y corona inmortal de la sagrada Compañía de Jesus, nació en Castellon, una de las principales ciudades de Italia, á 9 de Marzo de 1568. Fué hijo primogénito de D. Fernando Gonzaga, marques de Castellon, príncipe del imperio y grande de España, y de Doña Marta Tana Santeno, señora de no inferior calidad. Antes de su nacimiento corrió tanto riesgo su vida, que recibió casi en el seno materno el agua del bautismo, logrando así la dicha de nacer primero que á la luz del mundo, á Dios y á la gracia. Poco dió que hacer su educacion á su cristiana madre, pues desde muy niño manifestó sus piadosas inclinaciones, con especialidad un afecto caritativo á socorrer á los pobres, y un tan grande amor al retiro, que muchas veces lo hallaban escondido en los rincones de su casa, ocupado en rezar algunas oraciones.

Apenas rayó en Luis el uso de la razon, cuando alumbrado por la gracia divina se consagró tan del todo al servicio de Dios, que como declararon despues de su muerte sus tres confesores, entre ellos el doctísimo y venerable cardenal Roberto Belarmino, jamas perdió la gracia que habia recibido en el bautismo, y desde los siete años vi-

vió vida perfecta. Cosa es esta verdaderamente admirable en quien se crió en medio del mundo y en las córtes y palacios de los príncipes; pero á que contribuyó mucho nuestro Santo prosiguiendo con la mayor constancia el retirado método de su vida, no abandonando la oracion, aun hallándose enfermo, y poniéndose totalmente bajo la proteccion de la Santísima Virgen, cuyo culto fué siempre su objeto favorito. Adquirió con estos medios tal santidad desde aquella edad tan tierna, que el mismo demonio por boca de un energúmeno, á quien conjuraba un religioso franciscano en presencia de Luis, dijo señalándolo: que aquel niño era Santo y habia de tener grande gloria en el cielo.

Deseando el Marques que su hijo se adiestrara en los ejercicios á que lo llamaba su noble cuna, se lo llevó consigo á Casalmayor, donde se hallaban las tropas que debia capitanear en la expedicion de Túnez, que emprendia el rey de España; y para aficionarlo al estruendo y brillo de las armas, lo hacia marchar al frente de las filas, armado de una pequeña alabarda. Con el trato libre de los soldados aprendió Luis ciertas palabras poco honestas, que repetia aunque sin entender su malicia, hasta que haciéndosele advertir su ayo, reconoció y enmendó su falta; y tal fué el gran pecado que lloró toda su vida y por el que siempre se humillaba en público y en privado. En esta ocasion tambien lo libró Dios de la muerte, pues dando fuego sin la debida precaucion á un pedrero, se vió en peligro de ser atropellado en el retroceso por las ruedas de la curcúfia.

Estas fueron las únicas distracciones de la angelical vida de Gonzaga, pues en todo lo restante de ella solo se admiran los mas elevados rasgos de virtud. A los ocho años hizo voto de perpetua castidad ante la famosa imagen de la Anunciacion de María, que se venera en la iglesia de los Servitas de Florencia, á donde lo habia enviado su padre á estudiar la lengua latina, y lo observó con tanta exactitud, que jamas padeció la menor sensacion opuesta en el cuerpo, ni la mas pequeña representacion en la mente. Raro privilegio, debido mas que á su natural temperamento, á singularísimo beneficio del cielo; pero que supo merecer Luis custodiando con diligencia sus sentidos, especialmente el de la vista, no habiendo conocido jamas de cara á muger alguna, huyendo cuanto podia de su trato, recatándose aun de su propia madre, y apartándose cuidadosamente de todo género de diversiones y concurren-

cias en que pudiera haber el mas remoto peligro de manchar la pureza.

La aspereza con que trataba su cuerpo Luis, fué otro de los medios de que se valió para conservar ilesea la hermosa flor de la virginidad. Desde la edad de once años observó tal abstinencia, que vez hubo que no tomase sino un huevo en el dia; y por lo comun su alimento era muy corto, y los viénes y muchos miércoles solo se reducía á pan y agua. A los principios hacia tres ásperas disciplinas á la semana, que despues fueron tres al dia con cadenas de hierro, hasta derramar copiosa sangre, y careciendo de cilicios se valia para atormentar sus tiernas carnes, de las rodajas de las espuelas. Su sueño era muy limitado, y lo tomaba en el suelo aun en los mas crueles frios, ó si esto no le era posible, repartia entre las sábanas algunos leños que causasen tormento á sus fatigados miembros. ¿Y qué diremos de su oracion y union con Dios, auxilio tan eficaz para vencer las tentaciones? Este ejercicio era tan constante en Luis, que en él ocupaba gran parte del dia y de la noche. Innumerables veces lo ascecliaron los criados por las rendijas de las puertas de su cuarto, y lo veian prostrado ó de rodillas delante de un Crucifijo, todo bañado en lágrimas; y oraba con tal atencion, que aun cuando entrasen á donde él se hallaba por alguna cosa precisa, nada sentia ni se daba por entendido. De esta dedicacion y empeño en no distraerse se le originó un perpetuo dolor de cabeza que lo molestó lo restante de su vida, y que le servia, como tan devoto de la pasion del Salvador, para tener siempre en la memoria sus dolorosísimos padecimientos, especialmente en su coronacion de espinas. El amor á la Reina de las Vírgenes, en fin, constituyó el mas fuerte antemural de la inocencia de Gonzaga. No reinó en su corazon mas objeto que María; en ella encontraba todas sus delicias; sus pláticas comenzaban ó concluian en sus excecencias; sus afectos no tenian mas término que ella, y nada habia sin ponerlo en sus purísimas manos, con el único deseo de agradarla.

Ya contaba Luis doce años cuando llegó á Castellon el grande arzobispo de Milan San Carlos Borromeo; y admirando este Santo prelado la elevada perfeccion de aquel angelical niño, y noticioso de que aun no habia hecho la primera comunión, lo dispuso para

ella, y quiso dársela por su propia mano. Preparose Gonzaga con el mayor fervor á recibir el pan de los ángeles: dió entrada en su alma á Jesucristo, bañado en dulces lágrimas, y tributole después gracias con tal recogimiento y devocion, que dejó edificados á todos los concurrentes. Desde entónces tomó la costumbre de frecuentar cada semana este augusto sacramento, con las mismas disposiciones, consoliéndose los días en que no se acercaba á la sagrada mesa, con asistir al santo sacrificio de la misa, y visitar cuantas veces le era posible á su amor sacramentado, gastando horas enteras postrado ante los altares. Como hubiesen llegado, además, por aquel tiempo á sus manos algunas cartas en que los jesuitas noticiaban á sus superiores sus trabajos en las Indias en la conversion de los infieles; su lectura no solamente lo aficionó á la Compañía, sino que procurando imitar sus apostólicas tareas, se iba á las escuelas á enseñar á los niños la doctrina cristiana.

Tales eran las ocupaciones de Luis, cuando tuvo que pasar á España con toda su familia en servicio de la emperatriz María y en calidad de menino del príncipe D. Diego; pero en el centro de la corte supo guardar aquel mismo tenor de vida tan retirada y austera, sin decaer en lo mas mínimo de su constante fervor; y lejos de deslumbrarlo el falso brillo del mundo, todas sus miras se dirigian á separarse de este engañoso enemigo, consagrándose sin reserva á Dios en una rígida y observante religion. Como ya entónces se acercaba á los diez y seis años de edad, juzgó ser tiempo oportuno de realizar sus deseos; y aunque su inclinacion lo llevaba á ser jesuita; especialmente por la regularidad que observaba en esa ejemplar órden, y por el voto que en ella se hace de no admitir dignidades eclesiásticas; sin embargo, entregándose con total indiferencia y sin ningun parcial afecto con el mayor empeño á la oracion, duplicando sus penitencias, y poniendo este negocio en manos de la Santísima Virgen su singular patrona, todo lo premeditaba, y pesaba con la mayor atencion las razones y motivos que se le ofrecian, ántes de resolverse en punto de tanta importancia. Habiendo llegado en esto el 15 de Agosto, dia destinado á celebrar la gloriosa Asuncion de Maria, el fervoroso jóven se dirigió á la iglesia del colegio imperial de Madrid, y después de haberse confesado y recibido la sagrada comunión, se arrodilló á dar gracias ante el altar de una devota imagen, que desde entónces se llama

Nuestra Señora del Buen Consejo, y rogándole con la mayor eficacia se sirviese manifestarle la voluntad divina, oyó una voz que le dijo clara y espresamente: *Entra en la Compañía de mi Hijo Jesus.* Sorprendido Luis consultó el caso á su confesor, que lo era el P. Fernando Paterno, quien aunque aprobó la revelacion, y lo exhortó á llevar al cabo las órdenes del cielo: le declaró ingenuamente, que jamas seria recibido en la Compañía sin el beneplácito de su padre, el que sin duda, atendidas sus circunstancias, le costaria no poco obtener.

Así sucedió, porque apenas hubo descubierto Luis al Marques sus intentos, cuando éste se negó redondamente á concederle la licencia; y valiéndose para apartarlo de ellos de cuantos medios le sugeria su amor paternal, y la pesadumbre de perder un hijo tan recomendable, objeto de sus esperanzas, lo entretuvo por espacio de casi dos años, procurando vencerlo, ya con palabras desabridas y ásperas, ya amenazándolo con vergonzosos castigos, solicitando unas veces personas de autoridad que lo disuadieran con razones y consejos, difiriendo otras su entrada con vanos pretextos ó árduas negociaciones, ya, en fin, intentando mover su ternura con suspiros y lamentos; pero el constante mancebo cada dia mas firme, ni se ablandaba con sus lágrimas, ni temia sus amenazas, sufría los desvíos, ofrecia su cuerpo á los azotes, y cerrando los oidos á cuanto la envidia y la maledicencia han vomitado siempre contra su tan amada Compañía, triunfó últimamente de la obstinacion paterna, y obtuvo lo que tanto anhelaba, aunque á costa de mucha oracion y no poca sangre derramada en repetidas y crueles disciplinas, de que alguna vez su mismo padre fué testigo ocular. Renunciando, pues, todos sus títulos y derechos en su hermano Rodolfo, después de haber visitado la santa casa de Loreto, pasó á Roma, donde recibido en los brazos del venerable padre Claudio Aguaviva, general de la Compañía, tomó la sotana de jesuita con el mayor júbilo de su alma, y edificacion de todo el mundo, á 25 de Noviembre de 1583, dia dedicado á Santa Catarina virgen y mártir.

Apenas se vió Luis en el noviciado, cuando instruido por su regla, que los que abrazan el instituto de la Compañía, deben animarse para no perder punto de la perfeccion, que con la divina gracia pueden alcanzar en el cumplimiento de todas sus constituciones; se propuso observarlas con la mayor exactitud; y lo ejecutó tan cum-

plidamente, que jamas tuvo escrúpulo de haber quebrantado una sola; de suerte que pueda asegurarse, que un verdadero jesuita es cual vamos á bosquejar á Gonzaga. Perdió tanto la afición carnal á sus deudos, que se olvidó hasta del número de hermanos que tenia, y tomando á Cristo en lugar de padre y de todas las cosas, no dió la menor señal de sentimiento y dolor, al recibir la noticia de la muerte del Marques, sobrevénida á poco tiempo de estar en la religion.

Para aprovechar en espíritu y humildad, tenia el mayor placer en que le manifestasen sus defectos, y jamas se disculpó, aun reconvenido sin culpa; y animado de la caridad fraterna, descubria á los otros amorosamente sus faltas. Aborreciendo todo cuanto el mundo ama y abraza, admitiendo y descaendo lo que él odia y detesta, y vistiéndose de la librea del Salvador, no habia cosa por humillante y abatida que fuese, que no hiciera con suma alegría y sin sentir repugnancia; ya en casa sirviendo en la cocina y refectorio, sujeto enteramente á la voluntad de los que presiden á esos oficios; ya en los hospitales prestando á los enfermos los servicios mas asquerosos; unas veces pedia limosna por las calles de Roma, con vestidos rotos y remendados; otras se ponía en las plazas á enseñar la doctrina cristiana al pueblo rudo; ó rodeado en las cárceles de los hombres mas abyectos y criminales, los consolaba é instruía en los misterios de la fé, y los exhortaba á la reforma de las costumbres; y no pocas repartía á la puerta del noviciado la comida á los pobres y aun comía con ellos, sin el menor asco ni disgusto. Fué admirable su empeño en procurar su mayor abnegacion, y continua mortificacion en todas las cosas posibles; su prontitud á los ministerios bajos y humildes; la afición con que se entregó á las virtudes sólidas y perfectas, y la recta intencion con que en todo solo pretendia servir y complacer á la divina bondad por sí misma, y por gratitud á los beneficios que le habia hecho; así es que con el vencimiento de sus pasiones, la pureza de su alma, llegó al mas alto grado.

La guarda de los sentidos, especialmente los ojos, oidos y lengua, fué perfectamente observada por nuestro Luis. Habiendo ido á recrearse con los demas novicios á dos distintas viñas, no supo dar razon de su diferencia, creyéndola una misma, y á los tres meses de asistir diariamente al refectorio, no conocia el órden de las

mesas, y aun ignoraba el asiento del superior: sus orejas estaban cerradas á todas las palabras vanas, inútiles y lisonjeras, y su mayor tormento era escuchar á los que le hablaban de las grandezas de su casa y estados; su silencio llegó á tocar á escrupuloso, y cuando le era permitido conversar con los demas en las diarias recreaciones, todas sus pláticas eran de cosas espirituales, con especialidad sobre las excelencias de su vocacion, el amor á Jesucristo sacramentado, la devocion á la Santísima Virgen, y los deseos de servir á la salvacion de las almas. La mortificacion de su cuerpo en las vigiliias, ayunos y otras exteriores penitencias, para que no fuese immoderada, ni impidiese mayores bienes, siempre tuvo por freno la voluntad de los superiores, y así en esta materia como en todas las demas de su espíritu, todo lo patentizaba á ellos, sin ocultarles lo mas mínimo. Practicaba con tanto empeño los ejercicios espirituales, que dando cuenta de su conciencia, segun la santa costumbre de la Compañía, aseguró no haber llegado en seis meses al espacio capaz de rezar una Ave Maria, todas las distracciones padecidas por él en la oracion, exámenes y restantes prácticas piadosas. Su recogimiento interior era sumo, cuantos ratos le dejaban libres las ocupaciones del noviciado, y aun horas enteras, cuando le era posible, las pasaba en el coro ante la adorable Eucaristía, sin saber apartarse de tan dulce trato. Su presencia de Dios era continua, desahogándose con su amado con la mayor frecuencia en ardientes jaculatorias. Su amor á Maria fué el mas tierno y filial, y muy singular su afecto á los ángeles, esmerándose especialmente con el de su guarda, á quien sin falta alguna se encomendaba á la mañana, en la tarde y en la noche.

Tales fueron los cimientos de la perfeccion religiosa de Luis Gonzaga, por lo que no debe extrañarse, que habiéndose él mostrado tan liberal con Dios, correspondiéndole tambien el Señor liberalmente, lo hubiese dispuesto para recibir en lo porvenir mayores gracias y dones espirituales. En efecto, concluido á los dos años su noviciado, hizo nuestro santo los votos simples en la capilla interior del colegio romano; y el esmero con que los guardó, fué indecible. Amó la pobreza como á madre: vivia en un aposento tan estrecho que parecia sepultura: no tenia mas muebles que los que pudiera poseer el mas miserable, y todo su adorno se reducía á dos estampas de papel, una de Santa Catarina Martir y otra del Ange-

lico doctor Santo Tomás: jamas pidió prestado, ni tomó, ni dispuso de cosa alguna, aun de una pluma ó pliego de papel, sin el beneplácito del superior, ni mucho menos tuvo dinero, ni alhaja, ni objeto precioso ó de lujo: su comer, vestir y dormir siempre fué como cosa de pobres, siempre persuadido, para su mayor abnegacion y provecho espiritual, que debía ser para él lo peor de casa. Cuan perfectamente guardase el voto de castidad, procurando imitar en ella la puridad angélica con la limpieza de cuerpo y mente, bien se echaba de ver en la diligencia con que guardaba las puertas de los sentidos de todo desorden, en la paz y verdadera humildad de su alma, en el continuo silencio, ó la consideracion y edificacion de sus palabras, en la modestia del rostro y madurez en el andar y en todos sus movimientos, sin alguna señal de impaciencia ó soberbia, en el empeño con que á todos tenia por superiores, en el respeto y reverencia con que con simplicidad religiosa trataba á todos, y en la templanza, honestidad y decencia que guardaba en la comida, teniendo cuidado de dar entre tanto alguna refaccion asimismo al alma. En la obediencia, con toda especialidad, puede asegurarse fué legítimo hijo de S. Ignacio, reconociendo en el superior á Cristo, obedeciendo entera y prontamente sin excusas cuanto se le ordenaba, aunque fuesen cosas difíciles y repugnantes, conformando su juicio al suyo, y persuadiéndose ser aquello lo mas justo y conveniente; y esto no solamente en las cosas de obligacion, pero aun en las otras, aunque solo viese la señal de la voluntad y no espreso mandamiento, animado siempre de espíritu de amor y no turbado de temor. Así es, que á la voz del superior, dejaba hasta la letra comenzada, negaba con obediencia ciega todo su propio parecer, se dejaba llevar de la Divina Providencia por medio del que lo regia, como un cadáver ó baston de hombre viejo, y ni en escribir ó recibir cartas, ni en salir de casa, ni en las demas menudas cosas que previenen las constituciones de la Compañía, daba un solo paso, sin la debida autorizacion del padre rector, ó de los otros que gobernaban en sus respectivos oficios.

Como Luis ya habia estudiado filosofia en el siglo, no hizo mas que repasarla, y sostuvo con el mayor lucimiento un acto público, á que concurrieron varios cardenales, sus parientes y una distinguida comitiva. Despues comenzó el estudio de la teología, y así en éste como en el anterior, procuró no desviarse un ápice de

las reglas que ha dictado á sus estudiantes su prudentísimo y santo instituto. Se esmeró en conservar en todo tiempo la pureza de alma y la rectitud de intencion, no procurando en sus tareas literarias sino la mayor gloria de Dios y la salvacion de las almas; aplicándose á ellas sin entibiarse en el amor á las virtudes sólidas y á las cosas espirituales. A la oracion establecida por regla, agregó mas tiempo, y al principiar el estudio siempre hacia preceder alguna breve deprecacion, puesto de rodillas. Antes, y despues de las clases visitaba al Santísimo Sacramento. Nunca dejó los dos exámenes diarios de conciencia ni la lectura espiritual. En las aulas no hablaba sino de materia de letras, así como en las recreaciones no se le oía tratar sino de las de espíritu y devocion. Seguia exactamente todas las distribuciones escolares. Miraba con gran respeto y veneracion á sus maestros, ni se atrevió jamas á censurar sus métodos, ni á separarse de sus preceptos y consejos. La modestia que guardaba al ir á las escuelas públicas, era tan edificante, que no pocas veces, aun sugetos de suposicion, se iban á verlo salir de ellas, confesando el fruto que recibian á su aspecto. En fin, amante siempre de la humildad, ademas de servir cuando se le proporcionaba en la cocina y refectorio, solicitó con el mayor alfinco el oficio de componer los faroles del colegio, teniendo particular gusto en que lo viesen ejercer tan abatido ministerio las personas de representacion, que solian visitar á los superiores y á otros padres.

Por el año de 1588 dispusieron los superiores recibiese nuestro santo los cuatro órdenes menores, como en efecto le fueron conferidos en la basilica lateranense en compaña del V. mártir Abraham Georziis, maronita, su condiscípulo, con tal devocion, que dejó admirados á todos los concurrentes. Sus adelantos en los estudios y en la práctica de las virtudes, cada dia eran mayores, cuando tuvo que pasar por mandato del padre general á su patria Castellon á componer varias diferencias, nacidas entre el marqués Rodolfo su hermano, y el duque de Mantua su tio. Recibiólo allí su madre de rodillas como á un ángel del cielo, y manejose en ese asunto con tal prudencia, que logró terminarlo favorablemente; cortó ademas con una invencible fortaleza un escándalo doméstico, sin temer la oposicion de sus parientes; y habiendo predicado una plática á sus antiguos súbditos, fué tanta la eficacia y ardor de sus palabras, que

varios sacerdotes tuvieron que ocupar la noche en oír las confesiones de los muchos que se convirtieron por el celo de aquel joven predicador, que sabia unir tan bien los ejemplos á las exhortaciones. Concluidos con tanta felicidad esos negocios, lo mandó la obediencia á finalizar sus estudios á Milán, donde residió algunos meses, hasta el de Mayo de 1590, en que regresó al colegio romano, divinamente ilustrado sobre la proximidad de su muerte.

En efecto, invadida Roma de una epidemia á principios del año siguiente, los jesuitas, cuya caridad se extiende hasta el socorro de las necesidades corporales del prójimo, viendo que los hospitales públicos apenas bastaban para el crecido número de apesados, establecieron uno á sus expensas, poniéndose á la cabeza su mismo general. La delicada salud de Gonzaga parece lo eximía de esta peligrosa empresa; pero supo él hacer tales y tan eficaces súplicas á los superiores, que al fin fué admitido entre los demas. Esmerose nuestro santo en el servicio de aquellos infelices, y no solo les prestaba los oficios mas hajos y abatidos, sino que distinguiéndose con los enfermos mas asquerosos y llagados, los abrazaba, los lavaba y curaba sin el menor asco sus úlceras. De aquí le resultó la enfermedad de que murió, y por lo que los auditores de la sagrada rota, opinaron debía dársele el título de mártir. Atacado Luis de la peste fué trasladado al colegio romano, y aunque curó de la violencia del mal, quiso el Señor que sobreviviese todavia tres meses consumido de una fiebre lenta, para que diese mayores ejemplos de virtudes. Edificó ciertamente el angelical jesuita en aquella tan dilatada enfermedad, en la que no se apartó un punto de la observancia de las reglas dictadas para aquel caso. Con la misma humildad con que siempre habia obsequiado las órdenes de sus superiores, obedecia exactamente al médico y enfermeros, y no solo no rehusaba las medicinas por amargas, sino que las tomaba á sorbos cortos para mortificarse mas; nunca dió la menor seña de impaciencia, ni se le oyó la mas pequeña queja contra los que lo asistían: solo hablaba de Dios y de la bienaventuranza, y cerraba los oídos á otras pláticas: cuanto le era posible se empleaba en la oracion, y con suma frecuencia se le oía prorumpir en fervorosas jaculatorias. Confesábase repetidas veces y recibia la comunión, segun lo prevenian los superiores, siendo su voluntad la única regla aun de sus devociones y preeos.

Últimamente, agotadas las cortas fuerzas de Luis por la violencia del mal y las muchas austeridades de su vida; habiendo anunciado el dia de su muerte, recibido con suma religiosidad los Santos Sacramentos, pedido humildemente perdon de sus faltas á la comunidad, rogado al padre rector le permitiese tomar una disciplina, ó que se la diese otro, si á lo menos que lo dejasen morir en el duro suelo; rodeado de todos sus hermanos, que derramaban tiernas lágrimas de pesar y devocion, entre los mas fervorosos actos de piedad y mortificacion, que siempre lo habian caracterizado, entregó su bendita alma al Criador aquel angelical joven *esclarecidísimo*, habla el martirologio, *por la inocencia de vida, y desprecio del principado*, dia de la octava de Córpus, entre el 20 y 21 de Junio de 1591, siendo de poco mas de 23 años de edad, y á los 6 de su entrada en la Compañía de Jesus. Enterose su cuerpo con las mayores aclamaciones de su santidad en el colegio romano, donde hoy se venera en un magnífico sepulcro de mármol. Lo beatificó el Sr. Gregorio XV en 1621, y fué puesto en el catálogo de los santos el dia 20 de Abril de 1726 por el Papa Benedicto XIII, que desde el año de 1719 lo habia constituido patron de todas y cada una de las escuelas de la Compañía, y de otras de fuera de ella. Nuestra universidad de México lo ha jurado tambien por patron, y cada año celebra en su capilla el aniversario de este juramento el dia 21 de Noviembre, con asistencia de los que cursan sus anlas.

La Epistola es del capitulo XXXI de la sabiduría.

[*Eclesiástico, Pág. 47.*]

Bienaventurado el rico que fué hallado sin culpa, y que no corrió tras el oro &c.

El Evangelio es del capitulo XXII de S. Mateo.

En aquel tiempo, respondiendo Jesus, dijo á los saduceos: Muy errados andais por no entender las escrituras ni el poder de Dios. Porque despues de la resurreccion ni los hombres tomarán mugeres, ni las mugeres tomarán maridos, sino que serán como los ángeles de Dios en el cielo. Mas en orden á la resurreccion de los muertos, ¿no habéis leído las palabras que Dios os tiene dichas: Y

soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? Ahora pues, Dios no es Dios de muertos sino de vivos. Oyendo esto las turbas, admiraban su doctrina. Pero los fariseos, informados de que habia tapado la boca á los saduceos, se mancomunaron, y uno de ellos, doctor de la ley, le preguntó para tentarle: Maestro: ¿cuál es el mandamiento principal de la ley? Respondióle Jesus: Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazón, y con toda tu alma. Este es el máximo y primer mandamiento. El segundo es semejante á éste: amarás á tu prójimo como á ti mismo. En estos dos mandamientos está cifrada toda la ley y los profetas.

MEDITACION.

Sobre la obra especial del Padre Eterno, que es la creacion.

Considera que todas las obras que son fuera de la divina esencia y de las generaciones eternas, se hacen por las tres divinas Personas de la Santísima Trinidad; pero que sin embargo, como al Padre se atribuye con especialidad el Poder, al Hijo la Sabiduría, y al Espíritu Santo el Amor, segun que resplandece en las obras mas el poder, ó la sabiduría ó el amor, así se atribuyen al Padre, ó al Hijo, ó al Espíritu Santo. Así es que la obra de la creacion se atribuye al Padre celestial; pues aunque tambien lo es del Hijo y del Espíritu Santo, y en ella resplandecen la sabiduría que la dirigió y el amor que une sus partes y les da vida; pero mas resplandece el Poder que sacó de la nada este gran mundo de tanta multitud de astros y planetas, y cuanto en ellos se contiene; y como el Poder se atribuye con especialidad al Padre, al Padre especialmente se atribuye la obra de la creacion. En ella vemos el ser y existencia primitiva de todo lo que se contiene en el mundo; y como en la naturaleza se reproducen los séres materiales, por generaciones mas ó menos perfectas, de las que la del hombre es la mas excelente, se ve representada y perpetuada la paternidad, y tanto que dice el Apóstol, que del Padre celestial se denomina toda paternidad en el cielo y en la tierra.

Considera que de atribuirse al Padre celestial la obra de la creacion, resulta estar nosotros especialmente obligados á esta divina Persona con todo lo que habemos y tenemos por la naturaleza. Basta este título soberano de Creador nuestro, para que todo el ser

de que él hubimos se emplee entera y absolutamente en su amor y servicio; y por eso el precepto primero y máximo de la ley de Dios, nos obliga á amarle sobre todas las cosas con toda nuestra alma, con toda nuestra mente, con todo nuestro corazón, y con todas nuestras fuerzas; de manera que no son menester los demas beneficios que el Señor nos ha hecho, para que sea acreedor á todo nuestro amor y á todo el esfuerzo de nuestra virtud; tanto mas, cuanto que en el beneficio de nuestra conservacion hallamos reiterada ó repetida en cada momento la obra de la creacion. Por ella tiene el Señor sobre nosotros un plenísimo dominio, y nosotros una estrechísima obligacion á su amor y servicio. El es nuestro Hacedor, y nosotros la hechura de sus manos. ¿Pues cómo podemos dejar de reconocer su supremo dominio, ni recusarle el servicio y sacrificio de todo nuestro ser?

PETICION Y PROPÓSITOS.

No lo rehusó, Señor y Padre mio, ni quiero interponer demora ó resistencia alguna al cumplimiento de vuestros mandamientos. Yo soy un hombre miserable que con la herencia del pecado contraí la ignorancia y el error; pero vos sois un Dios providentísimo que me habéis socorrido con la luz de vuestros mandamientos. Cumpliéndolos, sé bien que hago vuestra voluntad y lleno mis deberes; y satisfechos éstos, tengo segura esperanza de alcanzar la recompensa con que premiais á vuestros siervos fieles.

JACULATORIA.

Llévame, Señor, por el camino de tus mandamientos.

LECCION.

En que se continúa la de ayer sobre los malos pensamientos, y se trata de las precauciones y remedios contra ellos.

No podemos comenzar mejor esta leccion, que exponiendo la doctrina de San Pablo, en que tanto nos encarga evitemos el pecado de impureza: *Hermanos, dice, si resucitasteis con Cristo, buscad*

las cosas de arriba en donde Cristo está sentado á la diestra del Padre. Pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra, porque estais ya muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando apareciere Cristo que es vuestra vida, entonces aparecereis vosotros con él en gloria. Mortificad, pues, vuestros miembros que están sobre la tierra, negándoos á la fornicacion, impureza, lascivia, deseos malos, y avaricia que es servicio de ídolos; por las cuales cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de la incredulidad. Conservémosnos intactos, si por un beneficio especial de nuestro Dios no hemos manchado nuestra alma con aquella inmundicia; y si por desgracia estamos sucios, practiquemos lo que en otra parte nos aconseja el mismo Apóstol: *Limpia la levadura vieja para que seaís una nueva masa.* Purifiquemos nuestras conciencias, y evitemos volver á ensuciarlas con la menor mancha de liviandad. Procuremos ser castos en obras, palabras, y aun en pensamientos. Acerca de éstos hemos hablado ayer, y hoy continuamos repitiendo que para que sean pecado es necesario que haya consentimiento, con delectacion ó sin ella.

La primera de estas circunstancias no es tan difícil de explicar ni de comprender, porque nuestra misma conciencia nos dice: que si tenemos deseo de cometer un pecado, consintiendo en cometerlo si pudieramos, hacemos mal. Es por tanto materia mas deleitosa la delectacion que se llama morosa. Dándole los moralistas este nombre de *morosa*, no porque sea preciso detenerse en la tentacion por mucho tiempo, pues basta para incurrir en culpa un instante; sino por la mora ó detencion que hace en la delectacion la voluntad advertidamente. Así que, en la delectacion se peca aunque no haya intencion de ejecutar aquello sobre que se versa todavía mas, aunque se tenga ánimo de no poner la obra en ejecucion. Por lo que el que se deleita en una tentacion con plena advertencia de que lo hace y no procura desecharla, pecará sin embargo de que ni afirme ni niegue nada acerca de ella. Además, el pecado que cometa aumentará su malicia, segun la especie de culpa que sirve de objeto á la tentacion sea mas grave; é igualmente segun la circunstancia de la persona que la sufre; y así pecará contra el voto de castidad, el que habiéndolo hecho se deleita en algun pensamiento carnal.

Bastante nos parece lo que hemos dicho para cumplir con nues-

tro propósito, sin que por un accidente vayamos á perjudicar á algunas personas, en vez de serlos provechosos. Por esta razon omitimos las distinciones que hacen los moralistas sobre esta materia; pues siendo algunas de ellas muy metafísicas, y necesitado para poder comprenderse de ejemplos materiales, incurriamos en lo que deseamos evitar. Ni hay peligro de que por falta de conocimiento de los varios modos en que puede ofenderse á Dios por la delectacion morosa, delincaen los que los ignoran; porque si se observan las reglas y se practican los medios que pasamos á esponer para resistir y vencer los malos pensamientos, será imposible que se peque por ignorancia.

El primero, el mas eficaz medio de que podemos servirnos es de frecuentar los santos sacramentos de la Penitencia y Eucaristia. Los teólogos y moralistas, siguiendo á los santos padres, numeran entre los efectos de la sagrada Eucaristia, el de preservar de los pecados mortales por el auxilio de la gracia sacramental, con la cual se excita la devocion, se resiste con mas fuerza á las tentaciones y se ahuyentan los demonios. Algunos autores entienden ese auxilio aun á la proteccion esterna de Dios, que no permite que el hombre se halle en aquellas ocasiones en que podría pecar. Es muy digno de trasladarse aquí, lo que el santo concilio de Trento dice á este propósito: "Estando, pues, nuestro Salvador para partirse de este mundo á su Padre, instituyó este Sacramento, en el cual echó el resto de las riquezas de su divino amor para con los hombres, dejándonos un monumento de sus maravillas, y mandándonos que al recibirle recordásemos con veneracion su memoria y anunciásemos su muerte, hasta tanto que él mismo vuelva á juzgar al mundo. Quiso además que se recibiese este Sacramento como un manjar espiritual de las almas, con el que se alimenten y conforten los que viven por la vida del mismo Jesucristo que dijo: "*Quien me come vivirá por mí,*" y como un antídoto con que nos libremos de las culpas veniales y nos preservemos de las mortales."

Es tambien muy provechoso el Sacramento de la Penitencia: en él no solo se nos purifica de los pecados cometidos, sino que recibimos precauciones y advertencias para precaver los futuros. Muy consolatoria es para una alma la observacion siguiente de un gran maestro de espíritu: "Lleguemos á los pies del confesor llenos de

turbaciones y escrúpulos; pero á pesar de ello oigamos sus consejos con docilidad, y pongámoslos en práctica con ciega obediencia, aun cuando nos parezca que no quedamos satisfechos: nosotros podremos alucinarnos, pero no el confesor. Dios permitirá muchas veces que padezcamos esas turbaciones para hacernos dóciles y obedientes, y que ejercitemos la paciencia; á nosotros por este motivo podrá ocultarnos la razon y efecto que haya ó resulte de lo que se nos manda: nos ocultará tambien el verdadero estado de nuestra conciencia para obligarnos á ser mas castos, humildes y desconfiados de nosotros mismos; pero nada de esto puede ocultar al confesor, porque su divina Magestad les ha prometido su luz y su ayuda para giririgir á las almas. De otro modo, incurriria en lo mismo que reprendió cuando dijo: *si un ciego guia á otro ciego, ambos caerán en un pozo.* Por lo que si nosotros determinadamente y con mala fé no solicitamos un confesor nécio, ignorante, relajado, y que tal vez por contemplaciones temporales adule nuestras pasiones, sino que de buena fé y con ánimo de enmendarnos y perfeccionarnos en la virtud, busquemos un confesor regularmente instruido, y sobre todo virtuoso é imparcial, podemos caminar seguros siguiendo sus consejos.²²

Esto debe entenderse en materias puramente de conciencia; pues en las que no lo son, puede muy bien errar el confesor, porque Dios no le ha prometido su ayuda para ellas. Así que, un padre espiritual puede dar un consejo erróneo ó imprudente en la direccion de un litigio judicial, en un asunto mercantil y en otras varias, cuando se considera solo científica ó económicamente. Y aun en la direccion doméstica de la familia, lajo el aspecto temporal, como aconsejar ó disuadir que un hijo ó hija se caseu ó entren religiosos, que se haga ó no tal compra, que se emprenda ó abandone tal negociacion, en estos y semejantes casos aunque sea muy respetable el consejo de nuestro confesor, si es hombre instruido en aquella materia en que nos aconseja, no por eso tenemos obligacion de arreglarnos á él, y con mayor razon cuando no sea instruido, sino que podemos valernos de las luces, esperiencia ó prudencia de otros sugetos; como que sobre esos puntos nuestros confesores no hablan como ministros del Altísimo, sino como unas personas sensatas, y nada mas.

Debemos, pues, descubrir á nuestros directores nuestras con-

ciencias, manifestándoles, segun lo mandan los maestros de espiritu, no solamente lo que sea pecado, sino lo que juzguemos que es mera tentacion, y estamos ciertos de que no la hayamos consentido. Pero no creamos que hay una obligacion precisa de hacer esto último; lo que hay es mucha utilidad, y á veces necesidad para sabernos conducir. El sacerdote es un juez administrando el sacramento de la confesion, y al mismo tiempo un director: bajo el primer aspecto estamos estrechamente obligados, y tanto que de no hacerlo seria sacrífega nuestra confesion, á manifestarle todas nuestras culpas con sus circunstancias agravantes, ó que mudan de especie: bajo el segundo, no tenemos obligacion de manifestarle escrupulosamente nuestro genio, afecciones, modo de vivir, pasiones dominantes; pero si será esta manifestacion muy útil, y en ocasiones necesaria para que nos pueda dirigir con acierto. Observando estas reglas no haya miedo de que pequemos por ignorancia, pues nuestros confesores, ó por mejor decir, Dios por su medio, nos enseñará en lo que delinquimos, la gravedad de las culpas que cometemos ó podemos cometer, las ocasiones que debemos evitar, las obras de virtud que nos sean mas provechosas para resistir las tentaciones, y aun las medidas en cosas indiferentes que poder tomar para obtener el mismo resultado.

Ni se nos objete que fulano se confiesa y no se enmienda, ó padece muchas tentaciones, ó que nosotros mismos tenemos la esperiencia de esto en nuestras propias personas. Sobre esto debemos estar persuadidos de que es imposible que haciendo nosotros de nuestra parte lo que podamos no nos ayude Dios; y así la culpa está ciertamente en nosotros. Hay unos que se confiesan muy de tarde en tarde, otros con frecuencia, pero sin disposicion, y otros con ambas cosas. Estas tres clases de personas pueden padecer continuamente unas tentaciones vehementísimas, pero con diverso motivo y resultado. Los que se confiesan de tarde en tarde, ¿cómo quieren sacar de una confesion anual el mismo fruto que produce la frecuencia de ellas? Es verdad que una sola confesion buena basta para justificarnos; pero esto no quiere decir que ya no necesitamos de mas, sino que por ella quedaremos limpios de nuestras culpas y en estado de emprender con fervor nuestra perfecta enmienda, y por lo mismo debemos considerar aquella buena confesion como el principio de nuestra regeneracion espiritual; mas no por esto de-

bemos juzgar que habiéndonos confesado bien una sola ocasion, ya nada mas tenemos que practicar para mantenernos en el camino de la virtud. Nos explicaremos con toda claridad con un ejemplo que reservamos para la leccion de mañana, porque ya nos hemos alargado en esta lo suficiente, y el punto de que nos ocupamos es digno de ser tratado con estension, como que es de los mas interesantes de la moral, y por decirlo asi, acaso de él solo depende toda la economia de nuestra salvacion, pues sabiendo vencer las tentaciones, todo lo demas es fácil.

—————▶▶▶▶▶◀◀◀◀—————

DIA VEINTE Y DOS.

San Paulino, obispo.

San Paulino fué natural de Burdeaux de Aquitania, y nació en el año 358 de una familia bastante distinguida. Muy niño se le puso á estudiar con el célebre literato Ausonio, en cuya escuela hizo los mayores progresos, especialmente en la elocuencia y poesía, y en el estudio de la jurisprudencia. Siendo ya jóven, casó con una doncella española llamada Terasia, de muy noble y opulenta cuna, en cuya compañía observaba una vida irreprochable, que junto con su gran literatura le adquirieron tal concepto, que de veinte y cinco años de edad fué hecho cónsul del imperio, y á los veinte y siete gobernador de Campaña.

Entre tanto, Paulino no era mas que catecúmeno; pero iluminado por Dios, desembarazándose de los negocios seculares, y preparándose antes con el ayuno y oracion, recibió el bautismo en Burdeaux de mano del obispo San Delfin, y se retiró á España á fines del año 389. En ese reino le nació un niño, fruto de su matrimonio, que tuvo el dolor de ver morir á los ocho dias, y despues guardó perpetua continencia con su esposa Terasia, muger de tanta virtud, que mereció los elogios de San Ambrosio, San Agustín y otros santos. No se conformaron ambos consortes con renunciar á los placeres licitos de su estado, sino que distribuyeron sus bienes entre las iglesias y los pobres; y despues de haber viajado por

diversos lugares de España, fijaron su residencia en Barcelona, viviendo allí en el retiro y humildad:

En esta ciudad se vió obligado Paulino á ordenarse de sacerdote, por la violencia que le hizo el pueblo, sumamente edificado del ejemplo de sus virtudes; pero el nuevo carácter no sirvió sino de aumentar su humildad, persuadiéndose mas que antes, de que era indigno de acercarse á los altares. Asi es que tratando de huir de toda clase de dignidades, se retiró á Italia á servir en la iglesia de San Félix de Nola, y allí formó con otros siervos de Dios una especie de comunidad bajo su direccion, en la que se vivia con suma pobreza y austeridad, ayunando, orando y practicando todos los ejercicios de la vida monástica. Paulino era el modelo de todos aquellos varones espirituales: sus penitencias, sus vigiliias, y sobre todo su profunda humildad y mansedumbre, le adquirieron mayor reputacion de santidad, que la de su mérito en el siglo. Visitáronlo en aquel retiro los mas grandes obispos de Italia y de las Galias, entre otros San Nicetas, y no pocos de la Africa y de la Iliria solicitaron su amistad por escrito. El papa Anastasio se formó tal concepto de su heroica virtud, que no solo le dió las muestras mas particulares de su aprecio y benevolencia, sino que escribió en su recomendacion á los obispos de Campaña.

A fines del año 409 murió el obispo de Nola, Paulo, y nuestro Santo se vió obligado á ocupar la silla episcopal. En esta nueva dignidad resaltó mas su virtud. Nada alteró de su pobre y austera vida, y las rentas de su iglesia fueron destinadas esclusivamente al socorro de los necesitados. Su autoridad solo se conocia cuando trataba de corregir los vicios, y con una bondad paternal encendia los corazones en el amor de Jesucristo, mas que con su frecuente predicacion, con su eficaz ejemplo: así es, que muy pronto se vió florecer en su diócesis la pureza de las costumbres y la santidad en todas las clases del estado.

Pero donde mas se dió á conocer su espíritu verdaderamente evangélico, fué en la irrupcion de los vándalos en la Campaña. No solo fué el consuelo de todas sus ovejas, defendiéndolas de la barbarie de los invasores, sosteniendo su fé entre tantas persecuciones y socorriendo las necesidades á que la hambre y las guerras habian reducido á la Campaña, sino que no contento con emplear